

En esos días, se celebraba la feria anual de primavera y el bosque era un hervidero de animales que intercambiaban productos que cosechaban a lo largo de todo el año que cambiaban por otros que solo podían conseguir de otros animales. Venían animales de todos los bosques adyacentes y se respiraba un ambiente de gran festividad. Los pájaros intercambiaban nidos que trabajaban a lo largo del año, las hormigas el pan que recolectaban durante meses, las arañas vendían su resistente tela, los topos los insectos que encontraban en las entrañas de la tierra... Todos tenían algo que dar pero también que recibir porque cada uno era bueno y único en recolectar o producir cada cosa. De esta manera, mediante los intercambios todos ganaban algo gracias a la generosidad de todos los animales.

Pero había un animal que no participaba en dicha feria: las abejas. Se consideraban el insecto más poderoso de todos puesto que podía volar, desplazarse largas distancias, podían defenderse de cualquiera que las atacara gracias a su aguijón y producían uno de los productos más ricos y valiosos que hay: la miel. Las abejas eran conocidas por trabajar en equipo solo con las de su especie pero no tenían buen carácter, su orgullo las cegaba. Y cuando otro animal se acercaba a pedir un intercambio por su dulce miel, siempre salían todas en grupo para echarle. Todos los animales las temían aunque deseaban probar esa miel que según les habían contado los osos, estaba tan rica y tan sabrosa. Todos los demás animales, convivían unos junto a los otros, por muchas diferencias que les separaran, todos tenían algo bueno que aportar.

Una noche, mientras todos dormían, los señores del viento quisieron escarmentar a las abejas. Comenzaron a soplar muy muy fuerte, y la colmena comenzó a balancearse peligrosamente hasta que de repente.... La mitad de la colmena se desplomó hacia el suelo. Tal fue el estruendo que los demás animales se asomaron para ver qué era lo que ocurría. Cuál fue su sorpresa cuando observaron cómo varias abejas luchaban por salir del trozo de colmena que se encontraba en el suelo. Todos los animales salieron a su encuentro. Entre todos, consiguieron levantar el trozo de panal y salvar a muchas de las abejas atrapadas. La abeja reina salió al encuentro de los demás animales:

- Queridos animales, gracias por salvar a mis abejas obreras. No sé cómo podremos agradecerélos.... La noche es oscura y seremos muy vulnerables, nos hemos quedado sin casa y no tenemos donde pasar la noche. ¿Qué vamos a hacer ahora?

Las abejas eran cientos y no era fácil reubicar a un grupo tan grande. Una vez puesta en común la posible solución, todos los animales se pusieron manos a la obra. Cada animal aportó lo que pudo: las arañas tejieron con su fuerte tela una cuerda con la que poder izar el trozo de colmena, las hormigas iban revisando y perfeccionando la resistencia de la cuerda, los pájaros traían pequeños trozos de madera en sus picos para tapar las grietas, las ardillas ayudaban a sujetar la colmena del árbol a través de las ramas... A ninguno de ellos les importó que las abejas habrían sido ariscas antes y no quisieran compartir su miel.... Todos vivían en el bosque, eran un equipo. Si no se cuidaban entre ellos, ¿quién lo haría?

Cuando terminaron la colmena, las abejas pudieron resguardarse toda la noche y aprendieron una importante lección: por muy diferentes que seamos todos entre sí, algo siempre nos une y todos tenemos algo diferente que aportar, todos tenemos cualidades que añaden valor a lo que hacemos día tras día. El equipo somos todos en uno pero cada uno con una cualidad distinta que nos diferencia de los demás. La generosidad y el espíritu de equipo es lo más importante en una empresa. En el equipo se comparte y se cuida de los demás.